

"Fotos" - 22 - junio - 1963



«Las salvajes», de Martín Recuerda.

POR andar de lleno en la tarea de los ensayos y el montaje de una comedia mía, no pude asistir al estreno de «Las salvajes en Puente San Gil», de mi casi paisano José Martín Recuerda, escritor granadino, vinculado a la antigua y gloriosa tradición popular de nuestro teatro. Creo que se habló a raíz del estreno de que los actores habían chillado con exceso. Y tal defecto —al entender de los entendidos— achazábase en parte a Luis Escobar, director de la pieza. Acabo de ver «Las salvajes en Puente San Gil». No puedo decir sino que se trata de una de las obras más escalofriantes que he contemplado en mi vida. Y, sin duda, se encuentra entre las cincuenta mejores piezas que jamás vi. Las que para mí son claves esenciales de un auténtico teatro español moderno están en «Las salvajes en Puente San Gil», tocadas con maestría y con un limpio, duro, desgarrado, desesperado, realismo, del bueno. ¿A qué claves aludo? A la piedad, a la miseria, a la angustia, a la esperanza. ¿Y nada menos que a la redención! La redención es uno de los temas más palpitantes, más urgentes, que es preciso tomar por asalto en el teatro. La redención es una herida mal cicatrizada en la sociedad de nuestro tiempo, con sus cárceles morales, sus simbólicos «obstat», su cerrazón inmisericorde. He ahí una auténtica pieza con realismo del bueno. No de ese realismo extremista, que huele a politiquilla progresista. No. Realismo a la española. Terrible y sincero como un puñetazo. Pero..., ¡cuidado!..., ¡contra todos! Cierto que Martín Recuerda se despeña, pero... ¿cómo no despeñarse ante ese tema? ¿Cómo no crujir, desesperarse, correr, increspar ante todo lo que en «Las salvajes en Puente San Gil» ocurre? ¿Es posible hablar mesuradamente de lo que acontece en la pieza del escritor

granadino? No. Es preciso poner mucha rabia y mucha pasión en la pluma para escribir esta obra, a mi entender, maestra.

Y teniéndolo en cuenta, ha montado Luis Escobar la obra. Con un talento, una valentía y un pulso fenomenales. ¿Qué querían que hiciese: las vicetiples de una compañía de revistas, cercadas por la sociedad soez, babosa, hipócrita y tremenda de un pueblo español del Sur? ¿Hablar bajito y tomar tazas de té? ¡No! Gritar, gritar hasta la exasperación, casi hasta la muerte. Tomarse con sus voces el único desquite que cierta decencia oficial permite a los irredentos: la indecente sinceridad. ¿Cómo han de hablar las mujeres que barren y friegan el teatro? Pues a gritos. Como se habla en los pueblos españoles del Sur. Yo, que he corrido ya todos los caminos de la España meridional, que he oído a voces los piropos, los insultos, los encargos, los llantos y las lamentaciones, no me extrañé en absoluto de que se hablara así; y menos me extrañó, naturalmente, lo que en la obra acontecía. Sé que es así, que no está falseado, que es una queja y un grito —¿comprendemos?—, un grito de horror. Y que sobre ese tema no se puede escribir más que como Martín Recuerda lo ha hecho y que esa obra no debe montarse más que como la ha montado Luis Escobar. Me sobrecogió la interpretación de Vicky Lagos. No la esperaba. Y mucho más, la estu-penda y sensacional interpretación de María Luisa Lamata.

Al salir del teatro Eslava tenía la sensación de que un huracán furioso había pasado por encima de nuestra sociedad. Como un huracán estaba montada la pieza; como un huracán la hacían los actores y como un huracán había escrito José Martín Recuerda esta formidable tragicomedia de la desesperación.)))

ALFONSO PASO